

Sueños de ballena azul

José Gordon

Vamos a hacer un ejercicio de metamorfosis, pero en esta ocasión no nos transformamos en cucaracha como el Gregorio Samsa kafkiano.

Un día, simplemente porque sí, despertamos rodeados de agua, amanecemos como ballenas. Sentimos el peso de nuestra lengua literalmente como el de un elefante; nuestro nuevo cuerpo mide veinticinco metros y tenemos el corazón más grande del planeta: por los canales de la aorta puede gatear un bebé humano; nuestros principales vasos sanguíneos tienen el tamaño de una tubería por donde un salmón podría viajar cómodamente; el nuevo cerebro, también el más grande del planeta, es tan complejo como el del ser humano.

En vez de caminar, flotamos, desplazamos lentamente cientos de toneladas por el agua como si fuéramos islas; cuando intentamos pasar de una posición horizontal a una vertical, experimentamos una diferencia en la presión —desde la punta de la nariz hasta el otro extremo del cuerpo— equivalente a tres atmósferas.

El cuerpo vuelve al agua. Repentinamente sentimos un cansancio del tamaño de la nueva morada (quizá se trata de la falta de costumbre). Paulatinamente giramos y nos recostamos de lado, después de un rato cambiamos de posición: hundimos el rostro en la almohada oceánica o simplemente reposamos en postura de cadáver. Nos dormimos y luego, como si fuera un sueño, nuestro cuerpo asciende hasta romper la superficie del mar, toma aire, respira unas cuantas veces y sin ningún esfuerzo cae nuevamente de manera lenta hacia el fondo en sueños de ballena azul.

Al despertar, estiramos la espalda, abrimos la boca, bostezamos. Al filo del mar y del cielo, cuando tal vez intentamos hablar se dispara en nuestra espalda, ya casi en la nuca, un chorro que alcanza una altura de cien metros. La curva de nuestra boca — vista de perfil— dibuja una sonrisa enigmática.

MYSTICETI Y ODONTOCETI

Quizá soñamos que hay otros seres que nos investigan y nos clasifican. Las ballenas —dicen los extraños personajes de esos sueños— tienen muchas formas, tamaños y colores. Se dividen en dos grupos principales: las *Odontoceti* (diente y ballena en latín), es decir, las que tienen dientes, y las ballenas *Mysticeti* (palabra griega latinizada que quiere decir ballena). Estos mamíferos acuáticos tienen su propia cultura y lenguaje. Mediante micrófonos submarinos, conocidos como hidrófonos, se pueden hacer audibles sus cantos que, de acuerdo con Dianne Ackerman, siguen el tipo de reglas que uno encuentra en la música clásica. De hecho, las canciones de las ballenas han sido grabadas. Son acompañadas con chelo o toman la forma de conciertos como los que han integrado Paul Winter y Paul Halley (*Whales alive*).

La ballena azul, por ejemplo, puede transmitir fuertes sonidos de baja frecuencia que viajan enormes distancias. El océano transmite los sonidos en formas muy creativas: existe un estrato de agua conocido como el canal de sonido profundo, en el que las ondas sonoras de alguna manera quedan atrapadas y se difunden sin perder mucha energía hasta ochocientos kilómetros de distancia (hay

quien piensa que sin la contaminación de los barcos y sonidos humanos estaríamos hablando de varios miles de kilómetros).

Los cantos de las ballenas pueden durar varias horas, incluso más de un día. Tienen una extraña belleza. Hay quien responde con llanto ante esos sonidos. Roger Payne, estudioso de los hábitos de las ballenas, ha grabado muchas de sus canciones. Dice que esta experiencia es estremecedora. Es como si de repente oyéramos a un gato ronronear una melodía. Eso es lo que precisamente han hecho las ballenas aún antes de que existiera el ser humano. Payne describe así esta experiencia musical:

“Estás recostado en la noche en la cubierta de un pequeño barco. Hay una tenue y sutil brisa. Por encima de ti, el mástil extendido y una nube de estrellas. Mediante audífonos escuchas los sonidos de las ballenas que te inundan desde el océano y te vuelven parte del mismo ritmo al que danzan las canciones. Las canciones se ajustan a la cadencia de los oleajes en los océanos. Si escuchas a las ballenas cuando vives en el mar, puedes sentir que el ritmo con el cual producen una frase determinada es casi el mismo que está presente entre las olas que se suceden. Es una extraordinaria experiencia. Nunca te cansas de ella. El océano es la más grande de las cámaras de resonancia. No existe algo similar en la superficie terrestre. Cuando escuchas a las ballenas con los audífonos —bajo perfectas condiciones de grabación en el océano profundo— es como si realmente las estuvieras oyendo desde el interior de una nebulosa o desde un espacio galáctico fuera del mundo, fuera de todo lo que conoces: ahí donde flota ese pequeño barco”.

En lo hondo del mar se mueven como